

Jordi Domènech*

PROTESTAS, REVUELTAS Y REVOLUCIONES EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

Este artículo analiza los determinantes de las revueltas y protestas sociales a muy largo plazo. Dado los altos costes de la acción colectiva en las sociedades autoritarias (la forma de organización política más dominante a lo largo de la historia), la protesta solo tendió a activarse en coyunturas muy específicas asociadas con procesos de deterioro institucional que, a su vez, podían estar asociados a subidas de impuestos e inflación de los precios de bienes esenciales. Así como el desarrollo ha eliminado las crisis de subsistencia, las democracias consolidadas han encontrado maneras de canalizar el conflicto a través del despliegue de instituciones más transparentes, justas y menos corruptas. Estas instituciones descansan sobre un mayor grado de consenso social y han desarrollado mecanismos de concertación que canalizan el conflicto hacia la mesa de negociación.

Protests, revolts and revolutions in historical perspective

This article analyses the determinants of social revolts and protests in the very long term. Given the high costs of collective action in authoritarian societies (the most dominant form of political organisation throughout history), protest only tended to be activated at very specific junctures associated with processes of institutional deterioration which, in turn, could be associated with tax increases and price inflation of essential goods. Just as development has eliminated subsistence crises, consolidated democracies have found ways to channel conflict through the deployment of more transparent, fairer and less corrupt institutions. These institutions rest on a greater degree of social consensus and have developed mechanisms of concertation that channel conflict to the negotiating table.

Palabras clave: movimientos sociales, revoluciones, instituciones, acción colectiva, ciclos malthusianos.

Keywords: social movements, revolutions, institutions, collective action, Malthusian cycles.

JEL: I31, I38, P16, P17, Z13.

* Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III de Madrid.

Contacto: jordi.domenech@uc3m.es

Versión de mayo de 2024.

<https://doi.org/10.32796/ice.2024.935.7789>

1. Introducción

La pregunta fundamental en los análisis de la evolución de los conflictos sociales no es el porqué de los mismos sino el cuándo. Las razones para protestar o rebelarse abundan en toda la historia de la humanidad. Permanentemente diezmada por el crecimiento de la población, en 1800 la renta per cápita en gran parte del mundo era la misma que 1.000 o 2.000 años antes (Clark, 2009). Desde 1800, algunas zonas templadas del planeta, especialmente en el hemisferio norte, rompieron sus cadenas malthusianas y experimentaron crecimientos sin precedentes de su renta per cápita (Allen, 2011; Deaton, 2015). Aun así, hasta 1950, la vida de una parte importante de la población de los países industrializados estuvo sometida a trabajos desagradables, insanos, peligrosos y mal pagados o a la esclavitud del trabajo doméstico en el caso de las mujeres (Humphries, 2024). En este contexto de pobreza generalizada, las posibilidades de consumo eran muy limitadas y se tenía una alta probabilidad de caer en la miseria por causas como el desempleo, la enfermedad o la incapacidad (Boyer, 2018). En el resto del mundo, en toda África, gran parte de Asia y América Central y del Sur, la situación era aún peor en economías agrarias con niveles de vida estancados cercanos al nivel de subsistencia y crisis de mortalidad periódicas (Allen, 2011).

El período 1950-1973 fue de optimismo, con economías a pleno empleo y grandes incrementos en la productividad agregada en Norteamérica, Europa Occidental y Oriental, Japón y la Unión Soviética, mientras que la independencia de los países antes sometidos al colonialismo parecía dar alguna esperanza sobre su eventual desarrollo e industrialización en un futuro no demasiado lejano. Sin embargo, los años 70 y 80 del siglo pasado estuvieron marcados por un período de ajuste y desindustrialización en los países desarrollados y las crisis de deuda y estancamiento de rentas en gran parte de los países en vías de desarrollo. La caída del muro de Berlín dio esperanzas sobre una

rápida transformación de las economías planificadas de Europa del Este en economías de mercado, que se vieron frustradas en pocos años por una transición caótica y corrupta y las ocasionales guerras civiles. La pobreza, la violencia y la opresión han sido y son desgraciadamente una realidad cotidiana en las vidas de gran parte de la humanidad. Aunque hay mejoras obvias en los índices de desarrollo humano (Prados de la Escosura, 2022) y es indudable que el desarrollo de China e India han sacado a una enorme fracción de la población mundial de la pobreza extrema, en el resto de países en vías de desarrollo las condiciones no han mejorado lo suficiente o se han estancado en las últimas cuatro y cinco décadas (Milanovic, 2016).

Como causas para el conflicto —pobreza, desigualdad, estancamiento o empobrecimiento, discriminación, racismo, esclavitud— abundan en la historia, tiene poco sentido preguntarse sobre las causas de protestas, revoluciones o conflictos civiles. La única pregunta fértil es entender el cuándo: durante largos períodos, a pesar de la existencia abrumadora de pobreza, explotación o desigualdad, el conflicto se mantiene desactivado o en niveles muy bajos. Sin embargo, en algunas coyunturas, el conflicto se dispara en un proceso no-lineal que puede llevar al colapso de las instituciones y a procesos acelerados de cambio institucional como pueden ser el derrumbe de regímenes autocráticos e imperios o transiciones políticas de varios tipos. Al igual que los cambios institucionales de calado, el conflicto se activa en coyunturas muy específicas que son muy difíciles de predecir, aunque hay algunos intentos de hacerlo (Goldstone, 2016; Turchin, 2016, 2023). Una de las lecciones más claras de la literatura sobre los conflictos es que el conflicto se activa de forma dialéctica con procesos de crisis institucional que abren la posibilidad de organizar la protesta. Estos procesos de crisis institucional son típicos de regímenes autoritarios, mientras que las democracias consolidadas, a través del reconocimiento y ampliación de derechos, han encontrado maneras de encauzar los conflictos sociales hacia la negociación. Las democracias modernas son

los regímenes más estables de la historia y los menos sujetos a crisis institucionales periódicas.

En este artículo, nos centraremos en la protesta de las clases desfavorecidas a lo largo de la historia y veremos en qué condiciones tiende a activarse y constituirse. Nos centraremos, sobre todo, en la evolución de la protesta en sistemas autoritarios, la organización política más común a lo largo de la historia desde el Neolítico. El conflicto y la protesta son eventos muy poco comunes porque tienen enormes costes individuales en forma de represiones, violencia, exclusión, castigos y pérdida de ingresos. Por esta razón, la protesta masiva no ha sido la norma sino la excepción en gran parte de los períodos históricos. En muchos casos, la «salida» individual o grupal a situaciones de precariedad, discriminación y pobreza es una opción bastante menos costosa que la «voz» (Hirschman, 1970) y, por eso, también es la más abundante. Por ejemplo, James Scott estudió las «tribus de las montañas» del sureste asiático, comunidades que se refugiaban en zonas montañosas y boscosas poco accesibles escapando de la esclavitud, la presión fiscal o el reclutamiento en ejércitos (Scott, 2009). Los esclavos en América intentaban huir a zonas poco pobladas, por ejemplo, en el caso de los quilombos o palenques en América Latina. En Estados Unidos, los esclavos atrapados en los estados del Sur intentaban escapar al norte no esclavista. Durante la gran migración europea, los campesinos pobres de Europa sometidos a las desigualdades y la explotación de un mundo agrario casi feudal emigraban a países más igualitarios y posteriormente más ricos como EE UU, Argentina o Canadá. Una parte de la población que vive hoy en día bajo gobiernos corruptos e ineficaces de países en vías de desarrollo querría vivir en países más desarrollados con instituciones más efectivas, más justas y menos corruptas. Estas opciones escapatorias, si son posibles, son mucho más beneficiosas y menos costosas para el individuo que organizarse colectivamente para cambiar la situación.

Sin embargo, se dan muchas situaciones en que estas opciones de «salida» no existen y las opciones

que quedan son la protesta (la «voz») o la obediencia o quiescencia (la «lealtad») (Hirschman, 1970). La protesta es solo una parte del conjunto de respuestas individuales o grupales a la opresión y la pobreza y, dados los riesgos que conlleva, quizá la menos comúnmente utilizada.

2. Acción colectiva

Para entender la formación de un movimiento social debemos partir de los costes de la acción colectiva. Según el análisis clásico de Mancur Olson, los beneficios de la acción colectiva llegan a todos los individuos sin que importe su participación en la misma, mientras que los costes son individuales (Olson, 1965). Cuanto más pequeño sea el grupo, más se pueden presionar a sus miembros para que participen en la acción colectiva y también más visible será cada aportación individual. En cambio, cuando el grupo de referencia es más amplio, por ejemplo, el grupo de los más desfavorecidos en una sociedad, más difícil es la acción colectiva: ni se puede vigilar a todo el mundo para que participe en la acción ni cada aportación individual es particularmente visible. El excedente necesario para dejar de pensar en simplemente sobrevivir y dedicarse a la protesta también es escaso entre los desfavorecidos. El resultado es que los grupos mayoritarios son los que generalmente tienen más dificultades en organizarse para la acción colectiva. Si esta acción colectiva es, además, reprimida agresivamente, por ejemplo, por la policía o el ejército o el sistema judicial, más altos son aún los costes de la misma. En este contexto de altos costes de organizarse colectivamente, la política económica beneficia, sobre todo, a las minorías más selectivas y más movilizadas: típicamente las élites económicas y políticas, pero también a grupos minoritarios con gran poder de movilización como minorías religiosas o étnicas.

En estos contextos tan poco favorables, ¿cómo se articula un movimiento de masas? Un primer tipo de explicaciones se centra en factores estructurales. En sociedades históricas, caracterizadas generalmente

por gobiernos autoritarios, muchos especialistas de los conflictos señalan la estrecha relación que existe entre procesos de deterioro institucional y la aparición de conflictos sociales. En general, el conflicto está asociado a procesos de crisis institucional que suelen fragmentar a las élites de un país o erosionar su legitimidad. Esta debilidad de las élites reduce su capacidad de respuesta por procesos de deterioro burocrático o administrativo, crisis fiscales, o grandes crisis económicas o financieras. En estos contextos, se debilita la respuesta represiva y se abren ventanas de oportunidad para la acción colectiva.

Otra familia de explicaciones se concentra en la aparición de puntos de focalización muy claros y que reducen radicalmente los costes de coordinación de los participantes. Unos pueden ser cambios exógenos en niveles de vida o de política económica que generen perdedores claros y que generalmente son percibidas como injustas (por ejemplo, que se mande a jóvenes de cierta clase social y no de otras a combatir al frente). Fuerzas más exógenas podrían ser el cambio tecnológico o el cambio climático que suelen también generar pérdidas asimétricas y focalizadas en algunos grupos. Otro impacto del cambio tecnológico es la aparición de nuevas tecnologías (radio, redes sociales) que podrían reducir drásticamente los costes de coordinación.

Finalmente, la generalización de la democracia y los derechos civiles han traído una mutación en la conflictividad de las sociedades. Con derechos de reunión y manifestación protegidos en gran medida, colapsan los costes de la acción colectiva, haciendo más fácil la organización de un movimiento de protesta. Al mismo tiempo, sin embargo, el Estado fomenta la aparición de organizaciones corporativas —sindicatos, patronales, grupos de presión— que encaucen el conflicto hacia una mesa de negociación. El resultado final de la reducción de la respuesta represiva es la reducción de las manifestaciones de conflicto y su transformación en procesos de negociación colectiva. En este marco institucional, la protesta solo se activa en contextos muy críticos como una crisis financiera profunda, como la

de la segunda década de este siglo, u otras crisis de dimensiones parecidas.

3. El conflicto a lo largo de la historia

Antes de analizar las varias causas de los conflictos sociales, conviene evaluar si es posible cuantificar la evolución del conflicto en el tiempo. Los problemas fundamentales de este tipo de ejercicio son la muy dispar calidad de la información disponible y los sesgos que existen en las fuentes, cada vez mayores cuanto más atrás vamos en la historia. Por otra parte, cualquier ejercicio de cuantificación tendría que tener en cuenta que la población mundial ha ido creciendo a lo largo de la historia, con lo cual es inevitable que haya aumentado la probabilidad de observar conflictos.

La definición de un evento conflictivo es problemática. ¿Qué tipo de eventos se consideran un conflicto? ¿Cuál es el tamaño de los mismos? ¿Cómo agregamos entre los distintos tipos de conflicto y sus tamaños? ¿Se deben tener en cuenta solo conflictos violentos o la amenaza latente de violencia ya es suficiente para que un conflicto sea considerado como tal? En muchos casos, el tamaño y duración de un conflicto son endógenos al éxito o fracaso del mismo: algunos conflictos chocan con una rápida y decidida respuesta represiva, mientras que otros se enfrentan a una respuesta más indecisa, lo que permite aumentar el tamaño y la duración del evento. La violencia también suele ser endógena al desarrollo del conflicto y depende típicamente de la respuesta represiva a la protesta planteada. Muchos conflictos latentes que, sin embargo, no derivan hacia un desenlace violento no son recogidos por la prensa o no dejan rastro en la evidencia histórica. Por estas razones, es imposible y sesgado establecer una periodización de los conflictos en la historia y solo conflictos muy bien definidos (por ejemplo, revueltas de subsistencia o huelgas laborales) pueden ser estudiados en el tiempo y siempre dentro de marcos temporales relativamente cortos y en contextos bien definidos como, por ejemplo, una región o un país.

A pesar de los problemas ineludibles en la categorización y cuantificación de los conflictos, la *Banks Cross-National Time Series Database* (CNTS) o la *Historical Social Conflict Database* (HiSCoD) compilada por Cédric Chambru y Paul Maneuvrier-Hervieu son los dos ejercicios más completos que existen para cuantificar la evolución del conflicto a largo del tiempo. La CNTS ofrece datos de varios tipos de conflictos como revueltas, revoluciones o huelgas generales en el siglo XX basándose en los eventos que aparecen en periódicos, típicamente el *New York Times*. La HiSCoD, en cambio, define conflicto como «cualquier evento de un grupo de al menos tres individuos de distintas familias que perpetra violencia o amenaza con la misma contra uno o más miembros de otro grupo, o contra representantes del poder político, religioso o económico, o cualquier evento que tenga que ver con ataques a la propiedad, edificios, muebles, periódicos u otras manifestaciones asociadas con ese poder»

(Chambru y Maneuvrier-Hervieu, 2024). Bajo esta definición se tienen en cuenta eventos violentos o eventos que amenazan con volverse violentos organizados contra un poder establecido. Una vez caracterizado el conflicto, Chambru y Maneuvrier-Hervieu usan la muy voluminosa literatura histórica secundaria para identificar conflictos locales, geolocalizarlos y describir sus principales características. Esta base de datos está claramente sesgada hacia los conflictos en Francia e Inglaterra en los siglos XVIII y XIX que tienen una literatura histórica muy abundante.

Un componente interesante de la base de datos de Chambru y Maneuvrier-Hervieu es que ofrece una categorización de los conflictos sociales por tipo de conflicto para un período histórico muy amplio (aunque excluye los conflictos del siglo XX y XXI). En la Tabla 1 presentamos los conflictos en los 20.950 eventos que tienen incluidos en su base de datos. Añadimos el número de eventos, pero esa precisión es engañosa:

TABLA 1

TIPO DE CONFLICTOS EN LA CHAMBRU-MANEUVRIER-HERVIEU HISTORICAL SOCIAL CONFLICT DATABASE (HISCOD)

Tipo	Eventos
Revolta fiscal	4.297
Revolta de subsistencia	4.226
Revolta contra autoridades	3.550
Conflicto laboral	1.453
Conflicto político	1.089
Conflicto feudal	940
Conflicto religioso	649
Otro tipo de conflictos	4.458

FUENTE: *Historical Social Conflict Database* (HiSCoD). <https://www.unicaen.fr/hiscod/accueil.html>

depende de los países y períodos que han generado más estudios detallados en la literatura.

Según los datos, en períodos históricos previos al siglo XX, las revueltas fiscales y de subsistencia parecen ser los conflictos más frecuentes en la historia. Por revueltas fiscales se entiende cualquier revuelta que protesta contra nuevos impuestos o subidas de impuestos existentes, termine o no en un evento de violencia colectiva. Las revueltas de subsistencia incluyen protestas contra los precios elevados de bienes esenciales (típicamente el pan), contra los impuestos asociados a esos bienes esenciales, e incluyen también cualquier intento de interceptar el transporte de alimentos o el saqueo de tiendas o puestos de mercados. El «conflicto contra las autoridades» son conflictos con ejércitos, especialmente protestas contra el reclutamiento en ejércitos, protestas contra la policía, municipios, parlamentos, Estados o cualquier protesta contra una decisión tomada por una autoridad política.

Otra gran categoría de conflictos son los conflictos laborales, típicamente huelgas por salarios o condiciones de trabajo, así como conflictos dentro de gremios o entre ellos. Aunque es evidente que este tipo de conflictos creció mucho en los siglos XIX y XX, estos no tienen un papel preponderante en la base de datos seguramente por su naturaleza atomizada, con lo que tienden a no dejar rastro en la historiografía. Siguiendo con las definiciones que dan los autores, los «conflictos políticos» son caracterizados como cualquier protesta contra un régimen político en un período de transición o revolucionario o cualquier protesta contra un régimen político con la intención de cambiarlo. Los «conflictos religiosos» son descritos de forma bastante banal e insatisfactoria como «conflictos relacionados con la práctica de la religión». Los «conflictos feudales» como «ataques a castillos y conflictos relacionados con la abolición de derechos feudales». Finalmente, una parte importante de conflictos no se pueden clasificar en ninguna de estas categorías.

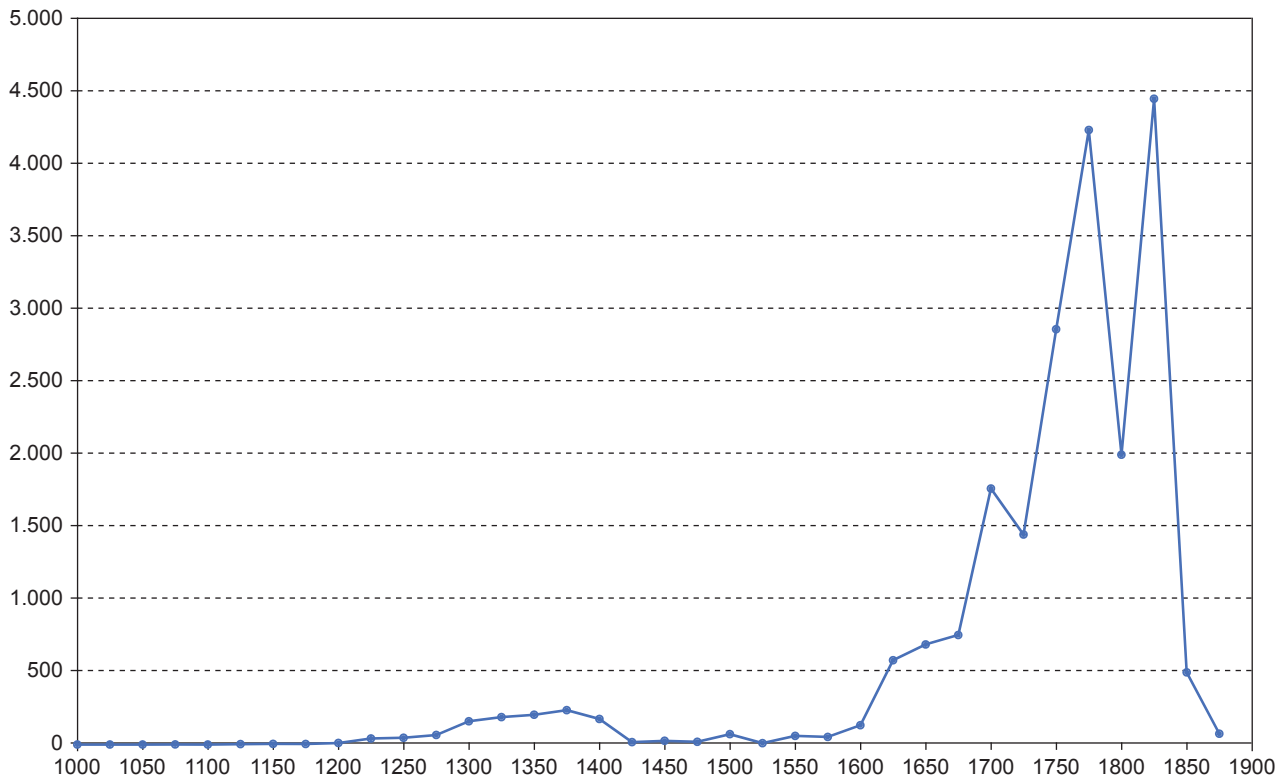
Según su base de datos, la evolución del conflicto entre 1100 y 1900 sería la que se presenta en la

Figura 1, a pesar de las dificultades para mostrar esa serie temporal. La serie es poco fiable en la evolución del nivel de conflictos, pero quizá sea útil para destacar algunas coyunturas críticas. Por ejemplo, recoge el cambio en las formas de protesta popular que Charles Tilly señaló para los siglos XVII y XVIII, cuando se produjo un cambio desde las grandes protestas y revueltas de campesinos, como la Guerra de los Campesinos alemana o las revueltas campesinas francesas a principios del siglo XVII hacia un conflicto más atomizado (con lo que aumentaría el número de eventos). La serie es muy poco fiable para el siglo XIX y, sobre todo, el siglo XX.

Evitando los sesgos ineludibles de las perspectivas a muy largo plazo, podemos usar los datos de la *Banks Cross-National Time Series Database* (CNTS) para observar el conflicto en períodos algo más acotados en el tiempo y también más cercanos. En la Figura 2, presentamos el índice ponderado de conflicto de la base de datos de Banks para Francia y Reino Unido entre 1919 y 2022. Este índice pondera ocho dimensiones de conflicto como son asesinatos políticos, huelgas generales, guerra de guerrillas, crisis de gobierno, purgas, revueltas, revoluciones y manifestaciones contra el gobierno. Como se puede ver en la Figura 2, una característica del conflicto es su latencia y explosividad, con crecimientos exponenciales y picos claros en coyunturas específicas. Por ejemplo, en el caso francés el índice tiene varios picos concentrados en los años 20 y la segunda mitad de los años 30, en los años 50, en los años 60 y 70, y a partir de la crisis de 2010. El Reino Unido tiene picos distintos: muy altos a principios de los años 20, finales de los 70 y desde los años 80 hasta la mitad de los 90 y, como en Francia, a partir de la crisis financiera de 2010.

En ambos casos, las crisis económicas parecen tener un papel fundamental. El pico inicial en los años 20 en la serie del Reino Unido refleja el doloroso ajuste de la economía británica después de la Primera Guerra Mundial con la aparición del desempleo masivo en los años 20. Lo mismo sucede con el pico a finales de los años 70 y las severas políticas de oferta que introdujo el Gobierno

FIGURA 1
EVOLUCIÓN TEMPORAL DE LOS CONFLICTOS EN LA BASE DE DATOS HISCOD DE CHAMBRU Y MANEUVRIER-HERVIEU, 1000-1900



FUENTE: *Historical Social Conflict Database (HiSCoD)*. <https://www.unicaen.fr/hiscod/accueil.html>

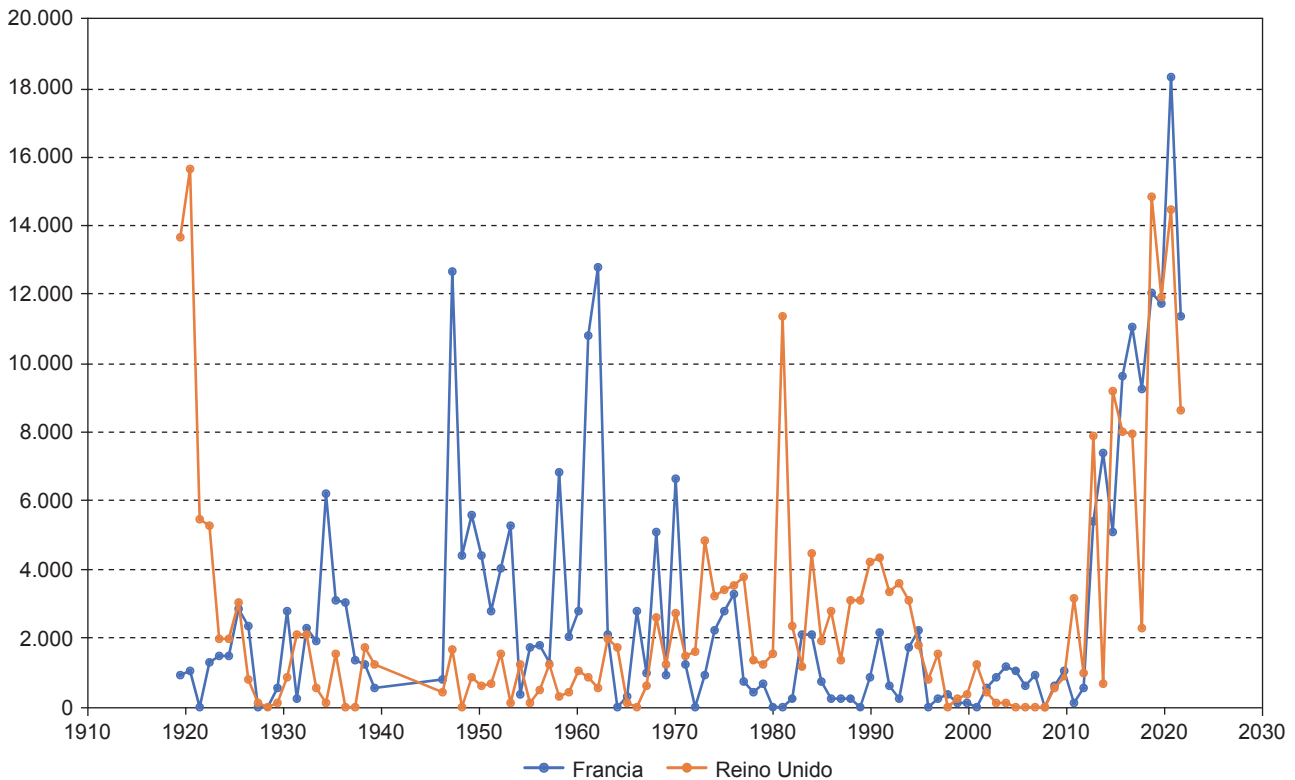
de Margaret Thatcher que dieron lugar a niveles de conflicto elevados hasta mitad de los 90. Finalmente, la crisis financiera de 2010 abre un período de conflictividad elevada que aún no ha remitido.

El caso francés presenta bastantes más picos de conflictividad. Intervienen factores no estrictamente económicos como la crisis de la Cuarta República Francesa en los años 50 en parte causada por las guerras coloniales en Indochina y Argelia. La conflictividad previa a la Segunda Guerra Mundial alcanza su máximo en la segunda mitad de los años 30, durante el momento de mayor impacto de la Gran Depresión en la economía francesa. La Cuarta República está marcada por

una intensa conflictividad, al igual que el comienzo de la Quinta República y el mayo del 68. Hay un período de conflictividad relativamente baja entre 1970 y 2010. Como en el caso británico, los niveles de protesta se disparan a partir de la crisis financiera de 2010.

A pesar de los gigantescos problemas de medición, las tendencias de los conflictos y la protesta a medio y largo plazo ofrecen conclusiones interesantes. La primera es que los períodos de quiescencia dominan sobre los de conflicto; los períodos de conflicto son excepcionales. La segunda es el comportamiento no lineal del conflicto, con explosiones de conflicto precedidas y sucedidas por períodos largos sin conflicto. La tercera

FIGURA 2
ÍNDICE PONDERADO DE CONFLICTO USANDO LA BASE DE DATOS DE BANKS.
FRANCIA Y REINO UNIDO ENTRE 1919 Y 2022



FUENTE: Banks Cross-National Time Series Database (CNTS). <https://www.cntsdata.com/>

es la correlación entre las explosiones de conflicto y períodos de crisis institucional, también a veces acompañado de crisis económicas. El caso más claro sería la explosión de conflictos en la transición entre el Antiguo Régimen y la época contemporánea.

4. Crisis institucionales

Para gran parte de los conflictos históricos, las visiones estructuralistas inciden en la importancia de las crisis institucionales para entender la rara aparición de períodos conflictivos, potencialmente revolucionarios (Skocpol, 1979; Goldstone, 1980, 2001, 2009, 2016, 2023;

Goldstone *et al.*, 2004; Goodwin, 1994a, 1994b, 1997, 2001; Markoff, 1995, 1997). Estas crisis vienen producidas por guerras e invasiones, crisis fiscales o fenómenos estructurales que fragmentan las élites y generan movilidad hacia arriba y hacia abajo entre los grupos poderosos, a la vez que hacen más vulnerables a los más desfavorecidos.

Esas crisis institucionales abren una oportunidad a la rebelión porque tienden a debilitar la respuesta represiva. Los intereses de los defensores del orden establecido (ejército o policía) pueden no estar alineados con los intereses de las élites —por ejemplo, se han recordado sus salarios y promociones o se sienten más cerca

de los movimientos populares que de élites que han perdido legitimidad. En estos contextos, los mecanismos de represión se relajan: los soldados o policías se abstienen de reprimir a las masas y a disparar contra ellas (lo que sucedió en Portugal en la Revolución de los Claveles, o en el este de Europa en 1989, al contrario de la revolución de Tiananmén en China en el mismo año) y el resultado es la explosión del conflicto social y su posible triunfo.

Además, es en crisis fiscales o militares donde los individuos pueden sentir de forma más clara los efectos de un poder injusto e ilegítimo. Típicamente, empeora el tratamiento administrativo al ciudadano de a pie: se aumentan los impuestos de forma drástica, o se requieren más jóvenes para servir en el ejército, o aparece la inflación o hiperinflación que siempre suelen tener efectos muy regresivos.

Jack Goldstone, gran experto en las grandes revueltas y revoluciones históricas, escribió un par de estudios de caso muy originales que dan apoyo a teorías estructuralistas del conflicto centradas en el papel del Estado (Goldstone y Useem, 1999; Useem y Goldstone, 2002). Las prisiones en EE UU son conocidas por sus duras condiciones y por haber tenido frecuentes motines de prisioneros. Goldstone y Useem analizan en detalle trece de estos motines y concluyen que apoyan a teorías del conflicto centradas en el Estado y crisis institucionales. Primero, los motines están precedidos por crisis administrativas en la gestión del sistema carcelario (recortes presupuestarios, reformas fallidas, privatizaciones), que típicamente alienan y fragmentan a las élites del sistema carcelario (los guardas). Segundo, esta fragmentación y alienación afecta al tratamiento de los presos, aumentando arbitrariedades y tratamientos discriminatorios que acaban enajenando a los prisioneros. Finalmente, este tratamiento arbitrario y las indecisiones hacen estallar un motín, que a veces puede ser prolongado en el tiempo y que consigue beneficios para los presos.

Más allá de las cárceles, existen numerosos ejemplos en la historia donde hay una correlación clara entre explosiones de conflicto y la descomposición institucional causada por guerras y otros eventos de gran envergadura

—una crisis financiera, fiscal o una epidemia. Por ejemplo, la guerra de Independencia norteamericana y la consiguiente crisis fiscal de la monarquía francesa están directamente conectadas con la Revolución Francesa. Derrotas militares contra Japón en 1905 y el colapso del ejército zarista en la Primera Guerra Mundial precedieron las revoluciones rusas de 1905 y 1917. La República Soviética de Baviera de 1919, cuya derrota requirió la ayuda de los Freikorps protonazis, fueron una consecuencia directa del colapso del imperio alemán al final de la Gran Guerra.

Quizá el ejemplo histórico por excelencia sea la Comuna de París en 1871, donde son evidentes las relaciones entre el deterioro institucional, las crisis de legitimidad y el estallido de un proceso revolucionario. Primero, se produjo la derrota del ejército de Napoleón III en la batalla de Sedán y la severa crisis institucional (crisis del 2.º Imperio). Segundo, se desencadenó una crisis de legitimidad entre los defensores de París —la Guardia Nacional de milicianos parisinos que había resistido al ejército prusiano— y unos gobernantes de la Tercera República cada vez más proclives a firmar un armisticio. Tercero, se tomaron una serie de decisiones arbitrarias e injustas: se suprimió el salario de los soldados de la Guardia Nacional y la moratoria sobre el pago de alquileres, letras de pago y deudas y se prohibieron varios periódicos. Finalmente, se produjo la quiebra de los mecanismos represivos. Cuando el Gobierno de Thiers intentó recuperar los cañones de la defensa de París, muchos soldados, rodeados por una masa de manifestantes, rompieron filas y se sumaron a la protesta. El resto se negó a obedecer la orden de disparar a la multitud. Pocos días después, con el ejército regular francés en retirada de París, se proclamó La Comuna el 18 de marzo de 1871.

5. Factores desencadenantes. Agravios y decisiones impopulares

Frente las explicaciones estructuralistas previas, explicaciones más materialistas de la protesta se centran en

el hambre y la pobreza. En estas explicaciones podemos incluir, por ejemplo, las revueltas de subsistencias o las revueltas fiscales que han sido muy típicas de sociedades históricas. Sin embargo, quizás la relación entre las explicaciones materialistas y las estructuralistas no sea tan evidente: las subidas de precios de bienes básicos o un aumento repentino de la presión fiscal suelen también estar relacionados con procesos de crisis institucional.

Las revueltas contra la escasez o precios elevados de alimentos básicos han sido una constante en la historia, especialmente en contextos de economías maltusianas dominadas por sectores agrarios de base orgánica: en la Europa premoderna, por ejemplo, se producían frecuentes revueltas por la carestía del pan en las ciudades, hasta el punto que el precio del trigo estuvo tradicionalmente regulado para evitar subidas de precios (De Vries, 2019; Bohstedt, 2010). Las subidas de precios de bienes esenciales se producían generalmente por varias causas de corto, medio y largo plazo que serían respectivamente: la interrupción de los canales de suministro por guerras o desastres naturales y malas cosechas entre los factores a corto plazo, procesos de desintegración y fragmentación de mercados por procesos institucionales como podrían ser la desintegración de imperios o países como causas a medio plazo y los grandes ciclos maltusianos o el cambio climático como factores más a largo plazo.

Uno de los motines de subsistencias más famosos es el motín de Esquilache, que tuvo lugar en Madrid en 1766 (Rodríguez, 1973). Aunque también había intrigas cortesanas relacionadas y el desencadenante pareció ser la prohibición de llevar capa española, el descontento popular obedecía a los altos precios del trigo, que duplicó su precio en poco tiempo. Las causas del incremento de precios se encontraban en una serie de malas cosechas, pero también en la fallida política de liberación de precios durante el reinado de Carlos III.

En la historia abundan las rebeliones urbanas asociadas a la carestía de los alimentos esenciales, en muchos casos con un fuerte protagonismo de las mujeres. Las

guerras de la harina en Francia de mayo de 1775 anticiparon el comienzo de la Revolución Francesa. También se produjo una conocida revuelta contra los altos precios de la harina en Nueva York en 1837. Durante la guerra civil norteamericana, la población en varias ciudades del sur esclavista se rebeló por los altos precios del pan en 1863. Esta relación entre la volatilidad de los precios de bienes esenciales y revueltas o protestas son generalizables en casi todos los países en vías de desarrollo (Bellemare, 2015).

Las crisis de subsistencias periódicas han tendido a desaparecer con el desarrollo agrario y la industrialización, que también han solido ir acompañadas de una transición demográfica y mejoras importantes en el funcionamiento de los mercados. Mientras que la escasez y la subsistencia dominó gran parte del pensamiento económico de la primera mitad del siglo XIX, las capacidades productivas en los países más industrializados aumentaron de forma tan considerable que se dejó atrás cualquier riesgo de hambre y escasez de los bienes esenciales para la gran mayoría de la población (Galbraith, 1999; Allen, 2017). Esta abundancia ha eliminado casi definitivamente un factor muy desestabilizador típico de sociedades preindustriales.

El cambio climático también juega un papel esencial dentro de las causas a largo plazo de los conflictos —similar al de los ciclos maltusianos. Las subidas de temperaturas y la reducción de precipitaciones reducen las rentas de los más desfavorecidos en países en vías de desarrollo, típicamente campesinos pobres, reduciendo rentas y forzando a poblaciones a desplazarse. En muchos estudios, las sequías están relacionadas con la violencia a través del vínculo que existe entre estas y las rentas agrarias. Por ejemplo, para la época premoderna, las fluctuaciones climáticas aparecen correlacionadas con las cazas de brujas o los pogromos (Oster, 2004; Anderson *et al.*, 2017). En países pobres, la literatura ha enfatizado los vínculos que existen entre cambios climáticos y guerras civiles (Burke *et al.*, 2009; Miguel *et al.*, 2004; Ciccone, 2011) o con la violencia y el conflicto (Baysan *et al.*, 2019).

Las revueltas fiscales también aparecen frecuentemente en la historia de los conflictos. Aunque ha habido una tendencia creciente en la presión fiscal con el desarrollo de los Estados modernos, subidas repentinas de impuestos sobre bienes básicos son las que generan más rechazo, especialmente en contextos donde la población tiene baja confianza en el Estado y existe mucha corrupción. Esto fue especialmente el caso en contextos coloniales. Por ejemplo, las subidas de impuestos sobre bienes básicos en las colonias, decididas desde Gran Bretaña para sufragar los costes de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), precedieron la aparición del movimiento secesionista que llevó a la independencia de los Estados Unidos. En 1930, Gandhi organizó una famosa marcha comunal que duró 24 días contra los impuestos a la sal que imponía la Administración colonial. En la época premoderna, con Estados corruptos, ineficaces e injustos, eran frecuentes las revueltas por aumentos de impuestos directos sobre el consumo de bienes esenciales. En los datos de Chambru y Maneuvrier-Hervieu, las protestas fiscales son el tipo de protesta más común en la época premoderna y contemporánea.

Esta situación contrasta con la situación actual en los países industrializados. En esos países, los ciudadanos soportan presiones fiscales mucho más elevadas, sin que esto genere un rechazo en la población (con alguna excepción como, por ejemplo, la *Poll Tax* de Margaret Thatcher a finales de los años 80 del siglo pasado). Dos factores pueden explicar esa paradoja. Por una parte, las poblaciones de los países industrializados tienen rentas suficientemente altas que pueden ser gravadas a tasas elevadas sin que esto represente una merma importante de la capacidad de compra de individuos y familias. Por otra, y quizá más importante, los ciudadanos interpretan en su mayoría que el gravamen es justo en su progresividad y que, más que ir a bolsillos de políticos o gobernantes corruptos o a pagar guerras o lujosos palacios, se va a usar para sufragar bienes esenciales como la educación o la sanidad públicas o a transferir en forma de pensiones de jubilación o

subsidios de desempleo sobre los cuales hay un amplio consenso. El hecho que, en una economía plenamente desarrollada, el Estado pueda controlar entre el 30 y 50 % de la economía sin generar una revuelta popular dice mucho del grado de consenso que existe sobre las funciones del Estado y el grado de confianza de los ciudadanos en las instituciones. Esta confianza se ha quebrado ocasionalmente, como durante la última crisis financiera, pero se ha mostrado bastante resistente.

Hay otro tipo de protestas relacionadas con la actividad gubernamental. Frecuentemente, las guerras externas han debilitado a los gobiernos. El detonante de la Semana Trágica de Barcelona de 1909 que llevó a la quema de conventos y al fusilamiento de Ferrer i Guàrdia como instigador de la protesta fue el envío de muchachos de familias modestas de Barcelona a la guerra de Marruecos. La guerra del Vietnam generó una oleada de protestas en EE UU. En otros contextos, sin embargo, la población ofrece menos resistencias al reclutamiento masivo de sus jóvenes. Margaret Levi, por ejemplo, estudiando la capacidad de los Estados de reclutar jóvenes para sus ejércitos arguyó que Estados más eficaces y menos corruptos son más capaces de exigir sacrificios a sus poblaciones (Levi, 1997). Gran parte de los partidos socialistas europeos no se opuso frontalmente a la participación en la Primera Guerra Mundial, ni tampoco hubo demasiadas resistencias al reclutamiento masivo en gran parte de los países en la Primera y Segunda Guerra Mundiales, especialmente en países más democráticos. Este comportamiento, dada la gigantesca mortalidad de la guerra, es paradójico desde el punto de vista de la acción colectiva y revelador de la existencia de vínculos impersonales más allá de la familia o clan, que son una novedad en la historia económica cuando la analizamos a muy largo plazo.

Otro tipo de políticas públicas también son recibidas con gran suspicacia. Por ejemplo, en 1904, se respondió con una masiva revuelta en Rio de Janeiro a los planes de vacunar a la población contra la viruela. Un caso bien estudiado es el experimento de Tuskegee en Alabama que durante 40 años dio placebos a población

afroamericana del condado de Macon en Alabama infectada de sífilis a pesar de la existencia de tratamientos efectivos. Al revelarse la existencia de ese experimento en 1972, se extendió una enorme desconfianza hacia médicos y tratamientos entre la población afroamericana de la zona. Alsan y Wanamaker (2018) calculan que la resistencia al tratamiento redujo la esperanza de vida de hombres afroamericanos mayores de 45 años en 1,5 años de promedio. Casos parecidos de resistencia a la vacunación y tratamiento médico se han observado en países de África y en Asia, generalmente en lugares donde la Administración colonial experimentó con poblaciones locales. De nuevo, es evidente el vínculo entre Estados corruptos e injustos, la desconfianza y resistencia de la población, y el mayor potencial de conflicto.

Estas resistencias contrastan con el caso de la epidemia de la COVID-19. En la última pandemia, poblaciones enteras se dejaron vacunar masivamente con vacunas muy experimentales que usan una tecnología que la mayoría de ciudadanos de a pie no logramos entender. Como en el caso de las revueltas fiscales, lo que explica la revuelta o la aceptación es el grado de desconfianza hacia los gobernantes. Se ha podido comprobar que las resistencias a la vacunación en la epidemia reciente fueron mucho más elevadas en contextos donde hubo colonialismo y experimentación médica sin consentimiento ni conocimiento de las poblaciones nativas (Ochola, 2023).

6. Cambio tecnológico y conflicto

El cambio tecnológico ha sido frecuentemente asociado con efectos nocivos sobre el conflicto, típicamente por sus impactos negativos sobre el empleo. Por ejemplo, estudios cuantitativos han demostrado que las revueltas del capitán Swing en la Inglaterra de los años 30 del siglo XIX, se correlacionaban con la difusión de máquinas trilladoras en el mismo período (Caprettini y Voth, 2020; Hobsbawm y Rudé, 1968; Aidt *et al.*, 2022). El Ludismo está estrechamente relacionado con el cambio tecnológico en la Revolución

Industrial inglesa y la destrucción de empleos manuales tradicionales. Más recientemente, la desindustrialización se ha asociado con el descontento y el auge del populismo (Rodríguez-Pose *et al.*, 2023).

Sin embargo, los efectos de la tecnología sobre el conflicto son muy idiosincráticos y dependen de cada tecnología en particular (Mokyr *et al.*, 2015). Así como las tecnologías de la Primera y Cuarta Revolución Industrial (la asociada con el motor de vapor y la última con la inteligencia artificial) tuvieron o pueden tener efectos negativos con el empleo, no está claro que las tecnologías de la Segunda y Tercera tuvieran impactos netos negativos sobre el empleo ni sobre el poder de negociación de los trabajadores.

En el caso de la Segunda Revolución Industrial, asociada al motor de combustión y a la electrificación, la creación de empleo superó en mucho su destrucción, con un efecto neto claramente positivo sobre la creación de empleo. La difusión de la Segunda Revolución Industrial está correlacionada con un cambio estructural muy acelerado en los países europeos, Japón o la Unión Soviética. Además, la adopción de los métodos de producción de masas desarrollados primero en los Estados Unidos a principios del siglo XX no redujo el poder de negociación de los trabajadores. La mayor coordinación de las actividades en la cadena de montaje y el coste elevado y necesidad de cuidado de la maquinaria reforzaron el poder de negociación de los trabajadores, especialmente los más cualificados (Raff, 1988). De modo similar, la electrificación de las fábricas, por ejemplo, pudo incrementar la frecuencia de las huelgas y la probabilidad de éxito de las mismas en la Suecia de principios del siglo XX (Molinder *et al.*, 2021).

En relación con el cambio tecnológico, una creciente literatura examina el impacto de nuevas tecnologías de la comunicación en la difusión de los conflictos. Según el argumento, tecnologías como la radio o las redes sociales harían más fácil la coordinación entre participantes, reduciendo así los costes de la acción colectiva. Por ejemplo, Adena *et al.* (2015) han estudiado el impacto de la radio en la movilización del voto nazi en

la Alemania de entreguerras o Yanigazawa-Drott (2014) el impacto de la radio sobre la violencia genocida en Ruanda. Estudios similares se han realizado analizando el efecto de las redes sociales sobre los movimientos de protesta en Rusia (Enikolopov *et al.*, 2011, 2020; Zhuravskaya *et al.*, 2020) o la movilización política en África (Manacorda y Tesei, 2020; Clarke y Kocak, 2020). En general, estos estudios muestran efectos positivos de las nuevas tecnologías de la comunicación sobre protestas y conflictos.

7. Conclusiones

En este artículo hemos analizado los determinantes principales de la evolución de los conflictos sociales en la historia. Nos hemos centrado especialmente en la situación que ha predominado a lo largo de la historia, que ha sido la de regímenes autoritarios. Nuestro punto de partida es que dada la existencia de alternativas individuales o familiares menos costosas y la respuesta represiva, los conflictos sociales en forma de movimientos sociales de masas han sido la excepción en la historia.

Sin embargo, son muy evidentes los períodos cíclicos de activación de los conflictos, que parecen tener ciclos de casi 100 años con explosiones de conflictos en el período a caballo entre el siglo XVIII y XIX, en los años de entreguerras y en los últimos 10 años. En mi opinión, las explicaciones más creíbles son las estructuralistas asociadas con períodos de crisis y deterioro institucional, que pueden ir acompañadas de crisis económicas, bélicas e incluso sanitarias. Estos períodos de crisis aumentan la percepción de injusticia y arbitrariedad que tiene la población respecto a las decisiones de sus gobernantes, a la vez que entorpecen la respuesta de las élites gobernantes a los movimientos sociales que ponen en duda su autoridad y exigen un cambio institucional. Los conflictos sociales y el deterioro de las instituciones son fenómenos íntimamente relacionados. En el caso de democracias consolidadas, con el reconocimiento de derechos y una respuesta

represiva más suave, se han desarrollado vías institucionales para encauzar el conflicto. El resultado es una mayor estabilidad y capacidad de integrar a los movimientos sociales.

Referencias bibliográficas

- Adena, M., Enikolopov, R., Petrova, M.^a, Santarosa, V., & Zhuravskaya, E. (2015). Radio and the Rise of the Nazis in Prewar Germany. *Quarterly Journal of Economics*, 130(4), 1885-1939.
- Aidt, T., Leon-Ablan, G., & Satchell, M. (2022). The Social Dynamics of Collective Action: Evidence from the Diffusion of the Swing Riots, 1830–1831. *Journal of Politics*, 84(1), 209-225.
- Allen, R. C. (2011). *Global Economic History: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Allen, R. C. (2017). Absolute Poverty: When Necessity Displaces Desire. *American Economic Review*, 107(12), 3690-3721.
- Alsan, M., & Wanamaker, M. (2018). Tuskegee and the Health of Black Men. *Quarterly Journal of Economics*, 133(1), 407-455.
- Anderson, R. W., Johnson, N. D., & Koyama, M. (2017). Jewish Persecutions and Weather Shocks, 1100–1800. *Economic Journal*, 127(602), 924-958.
- Baysan, C., Burke, M., González, F., Hsiang, S., & Miguel, E. (2019). Non-Economic Factors in Violence: Evidence from Organized Crime, Suicides and Climate in Mexico. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 168, 434-452.
- Bellemare, M. F. (2015). Rising Food Prices, Food Price Volatility, and Social Unrest. *American Journal of Agricultural Economics*, 97(1), 1-21.
- Bohstedt, J. (2010). *The Politics of Provisions. Food Riots, Moral Economy, and Market Transition in England, c. 1550–1850*. Routledge.
- Boyer, G. R. (2018). *The Winding Road to the Welfare State. Economic Insecurity and Social Welfare Policy in Britain*. Princeton University Press.
- Burke, M. B., Miguel, E., Satyanath, S., Dykema, J. A., & Lobell, D. B. (2009). Warming Increases the Risk of Civil War in Africa. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 106(49), 20670-20674.
- Caprettini, B., & Voth, H.-J. (2020). Rage against the Machines: Labor-Saving Technology and Unrest in Industrializing England. *American Economic Review: Insights*, 2(3), 305-320.
- Chambru, C., & Maneuvrier-Hervieu, P. (2024). Introducing HiSCoD: A New Gateway for the Study of Social Conflict. *American Political Science Review*, 118(2), 1084-1091. <https://doi.org/10.1017/s000305542300076x>

- Ciccone, A. (2011). Economic Shocks and Civil Conflict: A Comment. *American Economic Journal: Applied Economics*, 3(4), 215-227.
- Clark, G. (2009). *A Farewell to Alms. A Brief Economic History of the World*. Princeton University Press.
- Clarke, K., & Kocak, K. (2020). Launching Revolution: Social Media and the Egyptian Uprising's First Movers. *British Journal of Political Science*, 50(3), 1025-1045.
- De Vries, J. (2019). *The Price of Bread. Regulating the Market in the Dutch Republic*. Cambridge University Press.
- Deaton, A. (2015). *The Great Escape: Health, Wealth, and the Origins of Inequality*. Princeton University Press.
- Enikolopov, R., Makarin, A., & Petrova, M.^a (2020). Social Media and Protest Participation: Evidence from Russia. *Econometrica*, 88(4), 1479-1514.
- Enikolopov, R., Petrova, M.^a, & Zhuravskaya, E. (2011). Media and Political Persuasion: Evidence from Russia. *American Economic Review*, 101(7), 3253-3285.
- Galbraith, J. K. (1999). *The Affluent Society*. Penguin.
- Goldstone, J. A. (1980). Theories of Revolution: The Third Generation. *World Politics*, 32(3), 425-453.
- Goldstone, J. A. (2001). Toward a Fourth Generation of Revolutionary Theory. *Annual Review of Political Science*, 4(1), 139-187.
- Goldstone, J. A. (2009). Rethinking Revolutions: Integrating Origins, Processes, and Outcomes. *Comparative Studies of South Asia, Africa, and the Middle East*, 29(1), 18-32.
- Goldstone, J. A. (2016). *Revolution and Rebellion in the Early Modern World: Population Change and State Breakdown in England, France, Turkey, and China, 1600-1850*. Routledge.
- Goldstone, J. A. (2023). *Revolutions: A Very Short Introduction*. Second Edition. Oxford University Press.
- Goldstone, J. A., Gurr, T. R., Marshall, M. G., & Ulfelder, J. (2004). It's all about State Structure: New Findings on Revolutionary Origins from Global Data. *Homo Oeconomicus*, 21(3), 429-455.
- Goldstone, J. A., & Useem, B. (1999). Prison Riots as Microrevolutions: An Extension of State-Centered Theories of Revolution. *American Journal of Sociology*, 104(4), 985-1029.
- Goodwin, J. (1994a). Toward a New Sociology of Revolutions. *Theory and Society*, 23(6), 731-766.
- Goodwin, J. (1994b). Old Regimes and Revolutions in the Second and Third Worlds: A Comparative Perspective. *Social Science History*, 18(4), 575-604.
- Goodwin, J. (1997). State-Centered Approaches to Social Revolutions: Strengths and Limitations of a Theoretical Tradition. In J. Foran (Ed.), *Theorizing Revolutions* (pp. 11-37). Routledge.
- Goodwin, J. (2001). *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*. Cambridge University Press.
- Hirschman, A. O. (1970). *Exit, voice, and loyalty. Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Harvard University Press.
- Hobsbawm, E., & Rudé, G. (1968). *Captain Swing*. Lawrence and Wishart.
- Humphries, J. (2024). Careworm: The Economic History of Caring Labor. *Journal of Economic History*, 84(2), 319-351.
- Levi, M. (1997). *Consent, Dissent, and Patriotism*. Cambridge University Press.
- Manacorda, M., & Tesei, A. (2020). Liberation Technology: Mobile Phones and Political Mobilization in Africa. *Econometrica*, 88(2), 533-567.
- Markoff, J. (1995). Violence, Emancipation and Democracy: The Countryside and the French Revolution. *American Historical Review*, 100(2), 360-386.
- Markoff, J. (1997). Peasants Help Destroy an Old Regime and Defy a New One: Some Lessons from (and for) the Study of Social Movements. *American Journal of Sociology*, 102(4), 1113-1142.
- Miguel, E., Satyanath, S., & Sergenti, E. (2004). Economic Shocks and Civil Conflict: An Instrumental Variables Approach. *Journal of Political Economy*, 112(4), 725-753.
- Milanovic, B. (2016). *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization*. Belknap Press.
- Mokyr, J., Vickers, C., & Ziebarth, N. L. (2015). The History of Technological Anxiety and the Future of Economic Growth: Is This Time Different? *Journal of Economic Perspectives*, 29(3), 31-50.
- Molinder, J., Karlsson, T., & Enflo, K. (2021). More Power to the People: Electricity Adoption, Technological Change, and Labor Conflict. *Journal of Economic History*, 81(2), 481-512.
- Ochola, E. A. (2023). Vaccine Hesitancy in Sub-Saharan Africa in the Context of COVID-19 Vaccination Exercise: A Systematic Review. *Diseases*, 11(1), 32.
- Olson, M. (1965). *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*. Harvard University Press.
- Oster, E. (2004). Witchcraft, Weather and Economic Growth in Renaissance Europe. *Journal of Economic Perspectives*, 18(1), 215-228.
- Prados de la Escosura, L. (2022). *Human Development and the Path to Freedom*. Cambridge University Press.
- Raff, D. M. G. (1988). Wage Determination Theory and the Five-Dollar a Day at Ford. *Journal of Economic History*, 48(2), 387-399.
- Rodríguez, L. (1973). The Spanish Riots of 1766. *Past & Present*, 59(1), 117-146.
- Rodríguez-Pose, A., Terrero-Dávila, J., & Lee, N. (2023). Left-behind versus unequal places: interpersonal inequality, economic decline, and the rise of populism in the US and Europe. *Journal of Economic Geography*, 23(5), 951-977.

- Scott, J. C. (2009). *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Asia*. Yale University Press.
- Skocpol, T. (1979). *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge University Press.
- Turchin, P. (2016). *Ages of Discord: A Structural-Demographic Analysis of American History*. Beresta.
- Turchin, P. (2023). *End Times: Elites, Counter-Elites and the Path of Political Disintegration*. Allan Lane.
- Useem, B., & Goldstone, J. A. (2002). Forging Social Order and Its Breakdown: Riot and Reform in U.S. Prisons. *American Sociological Review*, 67(4), 499-525.
- Yanigazawa-Drott, D. (2014). Propaganda and Conflict: Evidence from the Rwandan Genocide. *Quarterly Journal of Economics*, 129(4), 1947-1994.
- Zhuravskaya, E., Petrova, M.^a, & Enikolopov, R. (2020). Political Effects of the Internet and Social Media. *Annual Review of Economics*, 12(1), 415-438.